La epopeya de la clausura

Del Paso a sus ochenta años

Christopher Domínguez Michael

Noticias del Imperio (1987) fue, hace algunos años, el libro más votado en la encuesta realizada por la revista *Nexos* para conocer cuál era, en la opinión de un centenar de escritores, la mejor novela mexicana de los últimos treinta años. Ese resultado, tomando en cuenta que Fernando del Paso cumplió ochenta años el primero de abril de 2015, nunca me sorprendió del todo. *Noticias del Imperio* es la más novela de nuestras novelas, como lo fue, durante varias décadas, *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez, según lo sostuvo el crítico Emmanuel Carballo. Esa calificación redundante expresa que novelas como estas colman, al aparecer, lo que la opinión literaria entiende por ese género. *Noticias del Imperio* es una novela “como deben ser las novelas” una vez impuestas las lecciones de Proust y Joyce en el gusto moderno, que se convirtieron en materia canónica y dejaron de ser un código más o menos reservado para los iniciados.

A la distorsión del tiempo narrativo característica del clasicismo del siglo XX y que en *Noticias del imperio* mana incansablemente a través del monólogo de Carlota de Bélgica, se suma su atractiva autoridad como novela histórica, presuntuosamente histórica para algunos de los pocos lectores ajenos a la consideración de José Emilio Pacheco, en el sentido de que “no hay en el siglo XIX un episodio que supere en intensidad trágica la novela sin ficción de Maximiliano y Carlota”.

Fue el dramaturgo Rodolfo Usigli, como lo reconoce el propio Del Paso en las páginas finales de *Noticias del Imperio*, quien le dio su primera forma literaria al más novelesco de nuestros episodios nacionales, sólo superado por el encuentro entre Cortés y Moctezuma II. *Noticias*

del Imperio es una de las pocas novelas que conservan la propiedad de ser parte, a la manera decimonónica, de la educación histórica y política de sus lectores. Creo que esas virtudes tornan secundarios los reparos puestos al libro, como los que censuran la ley que Del Paso se habría autoimpuesto, el recurso, monótono por sistemático, del soliloquio infinito y de la enumeración caótica. Ese procedimiento no ahuyentó, a decir verdad, a muchos, tomando en cuenta que el armazón de la novela permite hacer trampa al lector, libre de saltarse los monólogos de la antigua emperatriz delirante en función de loca de la casa e ir de frente al delicioso novelón histórico-folletinesco. *Noticias del Imperio* demostró, por otro lado, que el cultivo de Clío, el uso de la historia como fábula no requiere del novelista una idea crítica de la historia o el despliegue de alguna historiosofía (como la evidenció después el erudito Del Paso en *Bajo la sombra de la historia. Ensayos sobre el islam y el judaísmo*, 2011) como puede verse en el aparatoso tomo III de las *Obras completas* (FCE, 2002), que recoge el ensayo y la obra periodística de Del Paso y que apabulla por el convencionalismo y el conformismo de su autor. No es la primera vez que un probado cosmopolita es al mismo tiempo un nacionalista de miras tan estrechas.

Noticias del Imperio y *Palinuro de México* (1977) son, cronológicamente, dos de las últimas grandes novelas del *Boom*, en las que la historia americana es una forma fabulosa del lenguaje como ocurre en Alejo Carpentier, en José Lezama Lima o en Carlos Fuentes. Y Del Paso posee, de una manera más pronunciada que sus maestros y colegas, una doble naturaleza:

su obra es Rabelais en clave criolla, la expresión de un insaciable apetito erótico, de carne y de mundo. Pero también es, barroca o manierista, una obra refinadísima en el sentido decadentista de la palabra, el resultado de una extrema extenuación nerviosa. Preparando estas líneas me asomé a *El imperio de las voces. Fernando del Paso ante la crítica* (Era, 1995) que recopiló Alejandro Toledo y en esa antología descubrí que dos de las reseñas más convincentes sobre *Palinuro de México* las escribieron poetas contemporáneos de Del Paso, Francisco Cervantes y Marco Antonio Montes de Oca, lo cual permite ver desde otra distancia, la de la lucidez poética, a una de las cimas de la prosa mexicana.

Decía Montes de Oca en 1980, aludiendo a la hipersensibilidad mitológica y médica de nuestro *Palinuro*: “El libro de Fernando del Paso es una de las contribuciones más afanosas al barroco mexicano de todos los tiempos. ¿De todos los tiempos? El futuro no existe en *Palinuro de México*. Su riqueza estriba en la perfecta omisión del futuro. [...] La historia de *Palinuro* es un pretexto que, desviado de sus fuentes latinas, ancla su punto de partida en la versión que del personaje hace Cyril Connolly en su maravilloso y no sé si olvidado texto *La tumba sin sosiego*. *Palinuro*, piloto de Eneas, se queda dormido cuando está al timón del barco y es arrastrado por las aguas hasta el cabo Spartivento o cabo *Palinuro*, así llamado hasta la fecha. Para Del Paso, como para este poeta inglés, poseído por la hipocondría, el mito se convierte en símbolo del hombre que se deja arrastrar por sus propios sueños, sueños enormes porque se sueñan con los ojos abiertos y al final son la causa de su muerte”. **U**